



EL CRISTIANO ANTE DIOS

2ª Ponencia del XII EFCSM 2017

P. Miguel Romel Ortiz Flores, Siervo de Jesús

El P. Miguel Ortiz, nacido en Torreón, Coahuila (México), es miembro de los Siervos de Jesús. Tras sus estudios de Filosofía en la Universidad Popular Autónoma de Puebla y de Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, lleva desde 2011 trabajando en el Instituto Miguel de Cervantes que tienen los Siervos de Jesús en Puebla (México), actualmente como Director general.

© 2017. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

EL CRISTIANO ANTE DIOS

Introducción

¿Se trata entonces de caminar dejando a Dios atrás, tratando de mirarle sólo de reojo para regresar de nuevo al camino trazado por nosotros mismos con la excusa de pensar que lo hemos tomado en cuenta, cuando en realidad lo hemos dejado ya para hacer las cosas como mejor nos parezcan a nosotros?

Después de las diferentes aproximaciones sobre la respuesta a la pregunta que da el título al libro que nos reúne, llegamos ahora al capítulo central del libro, el tercero.

¿Quién es cristiano?

Señala Balthasar, parafraseando a San Tomás de Aquino que «El mejor modo de conocer algo es examinarlo en su estado más puro»¹. De la misma manera, para entender quién es un cristiano necesitamos ir directamente a aquél del cual proviene ese nombre: Cristo.

Pero, ¿cómo es posible entender al cristiano a partir de Cristo? Es decir, ¿cómo es posible establecer un punto en común entre el Dios hecho hombre y un simple mortal? ¿De qué tipo de comunión estamos hablando entonces?

Debemos decir primero que en los evangelios encontramos un Jesús que aparece “ante” los hombres (de él se da testimonio); además encontramos un Jesús que aparece “con” los hombres, especialmente esta modalidad hace patente la cercanía del Dios hecho hombre en Jesucristo: Él está siempre en relación con los hombres, nace y vive en una familia, al iniciar su vida pública llama y forma una comunidad de discípulos con los cuales compartirá toda su vida hasta su muerte y resurrección, después de la cual sigue apareciéndoseles y compartiendo con ellos².

Además del estar ante los hombres y sobretodo estar con ellos, encontramos una “3ª fase” en la cual Jesús está “en” los hombres, se trata de una “intimidad última” que está solemnemente testimoniada en los labios mismos del Señor en su oración sacerdotal del cap. 17 de San Juan y que se cumple extraordinariamente en el sacramento de la eucaristía³.

Pero dentro de esta consideración, Balthasar señala una paradoja: mientras más está él ante los discípulos y con los discípulos, mientras más él se acerca a los hombres, más ellos descubren la distancia de él; mientras más contemplan su descenso, ahí descubren su inimaginable altura; es decir, más descubren su singularidad, su unicidad. Los discípulos experimentan esto en diferentes momentos de la vida pública del Señor: después de la tormenta calmada (Mt 8,27), o bien el centurión después de la muerte del Señor (Mc 15,39) (cfr. 58), por mencionar algunos ejemplos.

¹ HANS URS VON BALTHASAR, *¿Quién es un cristiano?*, e-book Ediciones San Juan, Madrid, 2017, 59 (Citado como *Quién* de ahora en adelante. Disponible gratuitamente en la web: www.edicionessanjuan.es).

² Cf. *Quién*, 61-62.

³ Cf. *Quién*, 63.

Esta unicidad, esta singularidad del Señor Jesús nos permite reconocer en él su capacidad de ser el único salvador del mundo (cf. Hch 4,12). Dice el P. Balthasar: «Lo que Él es, lo que hace, lo que se realiza mediante él mismo está allí en la más plena soledad de su dignidad humano-divina. Él nos redimió activamente, nosotros somos los redimidos por Él pasivamente; todo lo que nosotros hacemos activamente, en respuesta, descansa siempre en esta pasividad primigenia, reconocida en la fe y anunciada en el testimonio»⁴.

Esta “pasividad primigenia” de la que habla Balthasar se encuentra a la base del ser cristiano y que aparecerá de nuevo en los diferentes aspectos de la respuesta a la pregunta que nos reúne.

¿Qué es entonces lo que puede unir a los totalmente diversos: el Salvador y los salvados, Cristo y los cristianos? Si la característica del Dios hecho hombre es la obediencia absoluta a Dios, la obediencia libre por amor (este es el contenido de su *kenosis*, cf. Fil 2,6-11), como lo encontramos en los evangelios, es precisamente ahí donde se encuentra la posibilidad que le permite al hombre entrar en comunión con el Señor dice Balthasar: «La libre obediencia por amor es el punto donde coinciden los “incomparables” hasta llegar a la identidad. Por parte del hombre, esta obediencia por amor lleva el nombre específico de fe»⁵.

Así, el espacio que el Señor ha abierto a través de su obediencia, le permite al hombre participar de ese modo de ser. De esta manera, dice el P. Balthasar respondiendo a la pregunta del título del libro: «Cristiano es la persona que “vive de la fe” (Rom 1,17), es decir, que ha apostado toda su existencia a la única posibilidad que le ha abierto Jesucristo, el Hijo de Dios, obediente por todos nosotros hasta la cruz: participar en el sí obediente a Dios, en el sí redentor del mundo»⁶.

La forma que asume esa fe para el cristiano es la de la obediencia por amor. Aquí entonces es posible la unidad de los “incompatibles” o “incomparables”: Cristo y el hombre por él redimido: «El cristianismo pregunta cómo es posible la identidad entre Dios y el hombre si ambos son y serán siempre esencialmente diferentes. Y la respuesta que da es: tal identidad es posible porque Dios da a su amor la forma de obediencia y el hombre da a su obediencia el sentido del amor»⁷.

Detengámonos en el modo de esa obediencia del Señor Jesús. Se trata de la expresión de su amor absolutamente libre; en él, Jesús renuncia a disponer de sí, él deja toda providencia en manos del Padre; él no calcula ni dosifica y no se detiene ante la contradicción, el dolor, el fracaso y la muerte; se trata de un amor gratuito, calificado por San Pablo como un amor loco⁸.

Así, Dios encuentra un único modo de manifestarse en su esencia en el ámbito de sus creaturas: «En el sí incondicional de la creatura espiritual que se declara dispuesta a ir tan lejos como Dios quiera, a ser utilizada y consumida tanto como Dios lo vea necesario, a dejar libre por su propio inclinarse tanto espacio como Dios quiera exigir»⁹.

María

⁴ *Quién*, 61.

⁵ *Id.*, 67.

⁶ *Id.*, 68.

⁷ *Id.*, 76.

⁸ Cf. *Quién*, 69.

⁹ *Quién*, 70.

¿Cuál es el prototipo de toda existencia cristiana en la Iglesia? El sí de María, que se convierte en el fundamento y esencia de la Iglesia del Nuevo Testamento; así, el sí de Cristo, el sí de ella y el sí de la Iglesia es el molde sobre el cual puede vaciarse el que quiera ser cristiano¹⁰. Si a alguien debemos considerar como un verdadero cristiano es a Ella, que se convierte para nosotros en un punto de referencia; Ella vivió de la fe.

En María se cumple el plan previsto por Dios para el hombre desde un inicio: Al no tener pecado, es decir, al ser Inmaculada, ella posee en sí la gracia de poder corresponder en todo a la voluntad de su Hijo, desde el primer momento de su existencia, gracias a este don especial de Dios; ella no posee los límites que nosotros le ponemos a Dios. En ella, el Hijo ve su plan de redención cumplido, dice Adrienne von Speyr, comentando la pasión del Señor y a la Madre al pie de la cruz:

El Padre reconoce en el Señor a todos los pecadores. Conviene pues que el Padre y el Espíritu muestren al Hijo anticipadamente la eficacia de la Cruz. He allí a María desde el inicio, como un regalo que el Padre y el Espíritu hacen al Hijo, como «prenda». El Padre y el Espíritu, al pre-redimir a la Madre en vista de la Cruz —que en últimas significa: a partir de la Cruz—, muestran al Hijo la conveniencia del camino a Él propuesto¹¹.

De este modo, en ella todo se encuentra a disposición, Dios puede disponer de ella a su placer. Y precisamente este ponerlo todo a disposición, Adrienne lo llama actitud de confesión, elemento necesario, indispensable para definir quién es cristiano: «La recta actitud de confesión es dejar disponer a Dios de mí mismo. Se trata de un dejar hacer sin muecas, sin contraerse, cuando Dios o el ministerio eclesial se sirvan de su sí. El hecho de que ella se expone así, sin confines, es precisamente el signo de que no tiene algún pecado»¹².

María experimenta dos circunstancias que caracterizan que el sí del cristiano es dado a Dios y no a sí mismo, según Balthasar: Por un lado, la experiencia de lo diferente: Cuando el hombre encuentra algo inesperado a lo que tenía planeado en el ejercicio concreto de lo indicado por la obediencia a Dios, algo que el hombre no se había imaginado, algo que escapa de su control. Por otro lado, también la experiencia de la “pasión impuesta” por encima de la acción humana nos ayuda a distinguir que vamos por el camino adecuado, aquí podemos considerar la prueba a la cual Dios somete a los suyos¹³.

Hay un pasaje en el evangelio comentado por Adrienne en el cual encontramos descritas estas dos circunstancias: El Niño perdido y hallado en el Templo. La historia la conocemos; quisiera citar aquí el diálogo central del pasaje, cuando José y María encuentran al Niño, comentado por Adrienne.

Cuando le vieron sus padres, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Él les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón (Lc 2, 48-51).

¹⁰ Cf. *Quién*, 74.

¹¹ ADRIENNE VON SPEYR, *María en la Redención*, Fundación San Juan, Rafaela (Argentina) 2005, 212.

¹² ADRIENNE VON SPEYR, *Objektive Mystik (Mística objetiva)*, traducción privada.

¹³ Cf. *Quién*, 75.

La “experiencia de lo diferente”: «El Niño se le muestra de una manera nueva, inesperada, que sale de lo previsto hasta ahora en sus vidas, Él hace lo que debe hacer, no en el marco de un desarrollo armónico, sino con un golpe repentino e inesperado»¹⁴.

El diálogo con su Hijo nos hace ver que efectivamente ella no sabía que podía encontrarlo en el templo ocupado en las cosas de su Padre, ella no entiende su respuesta, dice Adrienne: «Ese no-comprender le enseña que su Hijo es Dios. Él no sólo es grande, sino siempre-mayor, y sólo se le comprende por la no-comprensión. Porque ella ya no comprende, es empujada y entra casi con violencia en el *semper maior* de Dios. La comprensibilidad de los primeros años en su trato con el Niño era un plazo de gracia. Ahora comienza la escuela que la ejercitará en la divinidad del Niño... Y el Hijo mismo exige esa no comprensión, al poner el dedo en ese punto preguntando “¿No sabíais...?” Él no da ninguna explicación. Solo muestra la dirección. Subraya la distancia. De ese modo la Madre debe aprender algo realmente nuevo: a no comprender. Ella no sólo sabe que ahora no comprende, sino también que esa no comprensión no se limitará a este caso, que será el inicio de algo que no tendrá fin. Ella conserva todas estas cosas en su corazón, allí las nutre y deja que se transformen en una no comprensión creciente»¹⁵.

De esta manera, también los padres de Jesús deben encontrarse con esa condición del ser siempre más grande de Dios; si a ellos no les fue ahorrada esa experiencia, tampoco lo será para nosotros; pero al experimentarla, iremos por el camino por el cual el mismo Jesús llevo a su madre y a San José: ese choque, ese encontrarse de repente con lo “diferente”, lo inesperado, la condición siempre nueva y sorprendente de la revelación de la voluntad de Dios en mi vida.

Y ella se encontrará de ahora en adelante con ese punto doloroso del no comprender, pero no será una caída en la nada sino eso le dará pie para una fecundidad nueva; ella estará disponible siempre de nuevo a su Hijo también en la no-comprensión; ella no hace como nosotros que cuando algo nos duele y no lo comprendemos, buscamos borrarlo de nuestra mente y de nuestro corazón, a veces quisiéramos seguir viviendo “como si nada hubiera pasado”, aunque sabemos que no puede ser así. Ella no actúa de esta manera, ella “lo conservaba todo en su corazón” (Lc 2,51). Así ella llegará hasta la cruz:

En la cruz, el Señor también hará una pregunta al Padre que el Padre no responderá. Se precipitará en la noche total del abandono. Pero el Hijo es Dios y la omnipotencia divina hará posible que Él caiga sin mediación alguna en ese abismo. La Madre, que es un ser humano, debe comenzar ya ahora la escuela de la no comprensión, para más tarde poder estar a los pies de la cruz... A la cruz no es posible acercarse con la razón, sino solo con la entrega y la renuncia al comprender. Este misterio conserva la Madre en su corazón al regresar a su casa de Nazaret. Ella debe dejar que ese misterio crezca en el ocultamiento¹⁶.

Continuando con el texto que nos reúne, Balthasar señala algunos aspectos más de ese tipo de obediencia en la cual se traduce el “vivir de fe” que define al cristiano:

¹⁴ ADRIENNE VON SPEYR, *Ancilla Domini*, Fundación San Juan, Rafaela (Argentina) 2005, 105.

¹⁵ Id., 106-107.

¹⁶ Id., 109.

Esto lleva más lejos de lo que piensas

Esa obediencia hace que podamos lo que no podemos siempre y cuando nos dejemos llevar. Así, por la obediencia el hombre puede elevarse por encima de todo lo propio, hacia el ámbito divino: Como el caminar sobre las aguas de Pedro o el levantarse atado de la muerte de Lázaro¹⁷.

Recordemos en estos pasajes que Pedro lleva a cabo algo que humanamente es imposible: caminar sobre el agua, pero lo hace simplemente porque Jesús le dice “ven” (Mt 14,28-29). Es decir, lo hace simplemente porque cumple con las palabras del Señor. A veces podemos sentirnos así en nuestra misión: caminando sobre el agua; pero si lo hacemos en obediencia, no debemos tener miedo a hundirnos, como lo hace Pedro, aunque a veces la superficie sobre la que caminemos pareciera algo muy inestable: como el padre de familia que se encuentra en paro, o aquel que busca permanecer fiel en medio de un ambiente adverso de trabajo. Lo mismo hace Lázaro al salir del sepulcro: camina a pesar de estar vendado, sale de su tumba y camina simplemente porque el Señor se lo dice: “Lázaro, ven fuera” (Jn 11,43). A este respecto comenta Adrienne:

Él sale tan atado que ni siquiera una persona sana podría caminar con aquellas vendas. Pero no se habla de la dificultad de este camino, porque el Señor ha llamado y el Señor da la posibilidad de avanzar... (Lázaro) sale con la disponibilidad de hacer cuanto el Señor espera de él. Él hace todo aquello que nosotros hacemos cuando obedecemos: permite a la fuerza de la palabra de Dios llegar a ser en él más fuerte que sí mismo, y con tal fuerza, sale (del sepulcro)¹⁸.

Esa obediencia requiere un sí incondicionado, que hace que perdamos el control también sobre los frutos esperados, de tal manera que esto se convierte en «algo infinitamente más profundo, más productivo, más fecundo que todos los programas de origen humano, pues el que así ama no mide el alcance de su conducta, sino que abandona su tentativa amorosa al libre uso del amor de Dios»¹⁹.

Así lo hace también María de Betania en la unción al Señor durante la cena en su casa (Jn 12,1-11) antes de la pasión: Puesto que su unción ha sido interpretada por el Señor como el consentimiento de su comunidad (representada por María de Betania) al hecho de que él se encamine ya a la muerte, entonces esa acción ha sido llevada más allá de lo que María se imagina, de tal manera que el Señor dispone de su acto. Así lo menciona Adrienne en sus comentarios al evangelio de san Juan. Dice Balthasar:

Sin saber lo que hace, María unge al Señor con vistas a su muerte redentora; ofrece así, en nombre de la Iglesia amante, el consenso de la humanidad a esta obra de la gracia de Dios y queda incorporada a esta obra como mujer fiel y servidora, de un modo semejante a María, la madre de Jesús. Al hombre no puede pasarle algo más rico en consecuencias²⁰.

Judas en cambio, le pone precio a la acción de María: ¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres? (Jn 12,5). Es decir, calcula mezquinamente un acto de amor que no tiene límites: el consentimiento de la Iglesia amante al hecho de que su Señor vaya ya al encuentro de la muerte por ella.

Otra característica de este tipo de obediencia:

¹⁷ Cf. *Quién*, 76.

¹⁸ ADRIENNE VON SPEYR, *Comentario al Evangelio de San Juan, v. II.*, comentario a Jn 11,43, traducción privada.

¹⁹ *Quién*, 78.

²⁰ *Id.*, 78.

La pobreza evangélica

Esta pobreza consiste sobretudo en el hecho de hacerle espacio a Dios en la propia vida: «La palabra de Dios siempre sorprende descolocado al rico, porque reclama todo el espacio que, sin embargo, ya está ocupado por el dueño»²¹.

La pobreza evangélica consiste no tanto en no tener nada, sino sobre todo en estar dispuestos a darlo todo, que mi todo sea el todo de Dios, que mi espacio sea ocupado por Dios. No es casualidad que la primera bienaventuranza sea precisamente la que hace referencia a los pobres de espíritu, versículo con el cual se abre el sermón de la montaña en san Mateo (Mt 5,3), comenta Adrienne, señalando además la unidad entre pobreza y obediencia:

Los primeros que el Señor declara bienaventurados son los pobres. Los que no poseen nada, ya sea porque no han recibido nada, sea sobre todo y particularmente porque han renunciado a todo... Ellos están abiertos, se han abandonado, están desnudos y sin resistencia... Y la pobreza de ellos no es un simple no-poseer como cualquier otro, sino la pobreza de aquél que es libre, que se ha hecho libre para el Espíritu Santo... en ello reside la esencia de la disponibilidad cristiana. La disponibilidad está allí como disponibilidad sin más antes de que tenga lugar el requerimiento a una disponibilidad determinada. Es como una condición de la existencia -y precisamente esta condición es la verdadera pobreza- que existe y ha sido creada para poder cumplir la exigencia: la recepción del Espíritu... Pobreza y obediencia forman una unidad que consiste en que todo el lugar es dejado libre para el Espíritu Santo. Los ricos no pueden hacer esto. El espíritu de ellos está lleno con tesoros y bienes del espíritu y con pensamientos y preocupaciones de los bienes del cuerpo²².

Adrienne habla entonces de la pobreza como disponibilidad “sin más” que está ahí en el corazón del hombre aun antes de que esa disponibilidad se convierta en disponibilidad para algo concreto; como una condición de la existencia del cristiano. Esta “condición de la existencia” me parece que coincide con esa “pasividad primigenia” de la cual hablaba Balthasar señalando la unicidad del actuar del Señor en su obra de salvación. Es decir, se trata primero que todo, de un estar dispuestos a dejarse hacer por Dios, que sea él el que actúe en nosotros para podamos simplemente dejarnos llevar por él. Esto coincide también con la actitud de confesión. De nuevo encontramos aquí a la Virgen Inmaculada como aquella que desde el primer momento de su existencia es la totalmente disponible al dejarse hacer de Dios.

Otro ejemplo citado por Balthasar y comentado también por Adrienne en su texto sobre el Evangelio de San Marcos es el pasaje de la viuda pobre:

Jesús se sentó frente al arca del Tesoro y miraba cómo echaba la gente monedas en el arca del Tesoro: muchos ricos echaban mucho. Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas. Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: “Os digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del Tesoro. Pues todos han echado de lo que les sobraba, ésta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir” (Mc 12,41-44).

Materialmente ella no echa más que los demás. Sin embargo, el Señor subraya la actitud de esta mujer sobre todo porque en lo poco que materialmente da, ella desea donarlo todo (como de

²¹ *Quién*, 80.

²² ADRIENNE VON SPEYR, *Bergpredigt (El sermón de la montaña)*, comentario a Mt 5,3, traducción privada.

hecho lo hace). Ella se convierte para nosotros en un modelo de entrega cristiana: en lo mucho o en lo poco que podemos dar a Dios y a los demás, él desea que lo demos todo, que nos demos a nosotros mismos como el Señor lo ha hecho por nosotros. Ella se convierte en modelo de pobreza evangélica (que supone también la pobreza material) y de obediencia.

Que sea necesaria también la pobreza material como parte de esta pobreza espiritual para seguir al Señor, lo vemos en el pasaje del hombre rico que se acerca Jesús (Mc 10, 17-22). El Señor le ha citado al rico los mandamientos de la segunda tabla, los que tienen que ver con el amor al prójimo, y él afirma que los ha cumplido. Ahora el Señor lo invita a dar un paso más, a cumplir la nueva forma de amar a Dios sobre todas las cosas (primera tabla de la ley): siguiendo a Jesús. Pero como el rico ama más sus bienes, o mejor dicho, se ama más a sí mismo, entonces se aleja: deja al Señor que le pide todo a cambio especialmente su libertad. Él no es capaz de hacer espacio en su corazón a lo más importante, es rico de sí mismo. Y se va triste, mientras que el evangelio sólo es buena noticia para el pobre, como resuena en el título de este apartado.

Un pasaje más: Marta y María que atienden a Jesús:

Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, pues, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude». Le respondió el Señor: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada» (Lc 10,38-42).

¿Quién es la que da el espacio a lo verdaderamente necesario? Como lo dice el Señor mismo, es María la que ha escogido la parte mejor. Ante la abundancia de trabajo, Marta quiere indicarle al Señor lo que tiene que decirle a su hermana en función de lo que ella necesita; se trata sin duda de algo bueno, incluso necesario (el servicio de casa). Sin embargo, Marta pierde de vista que precisamente es el Señor el que ve mejor la situación y que solamente él puede indicar lo que hay que hacer o dejar de hacer. Actúa como nosotros cuando nos miramos sólo a nosotros mismos y nuestras propias preocupaciones. Marta actúa antes de escuchar y por eso corre el riesgo de quedar sin fruto. Es “rica” de su propio punto de vista sobre su servicio. Esto podría ser también un modo de “huir” a lo que realmente el Señor nos pide que hagamos en nuestro servicio: Por hacer lo que yo digo, hago lo que yo considero mejor y no lo que el Señor desea, o ¿acaso no es bueno tratar a sí al Señor? ¿No es acaso necesario el servicio en casa? María en cambio escucha antes de actuar; es decir, busca hacer espacio en su corazón a la palabra del Señor para poder luego, en todo caso, actuar en consecuencia. Dispone el terreno para que toda la iniciativa venga del Señor y no de ella misma.

En el Antiguo Testamento encontramos también ejemplos que preparan este tipo de pobreza: Ana, la madre de Samuel (1 Sam 2,8; reiterado en Sal 113,7); Judit; los pobres y vilipendiados: los *anawim* (Am 2,6; Is 3,15; 10, 2; etc.). En las historias de esterilidad encontramos el terreno propicio para la acción de Dios: «Dios convierte la esterilidad en fecundidad a lo divino»²³.

Primado de la contemplación

²³ Cf. *Quién*, 83.

Si el cristiano es aquel que vive de la fe, la tradición de la Iglesia llama al acto de fe habitual, acto de contemplación: «Es la actitud de un alma que está continuamente abierta, que permanece en la escucha de la Palabra»²⁴.

Como lo hacen la madre del Señor, como lo hace María de Betania. La contemplación es la dimensión existencial de la fe: La manera en la cual Dios me ayuda a traducir mi fe en las circunstancias concretas de mi vida es precisamente a través de la oración.

Todo aquello que podamos hacer en favor de Dios y de los hombres, todas nuestras acciones tendrán sentido si provienen de esa escucha atenta a la voluntad de Dios que se da a través de la contemplación, dice Balthasar:

No hay acción exterior sin contemplación interna, mientras que es perfectamente posible llevar una vida con la contemplación interna sin la acción exterior... El acto contemplativo es activo y eficiente, fecundo y misionero por encima de todas las empresas visibles de la Iglesia²⁵.

En la consideración bíblica de la contemplación, el creyente se entrega sin reservas a la Palabra de Dios. Así lo entendió San Antonio; Orígenes, el cual consideraba como suprema acción el papel de los contemplativos (como Moisés mientras el pueblo se encontraba en la batalla, Ex 17,11); Teresa de Jesús y la pequeña Teresa, que vivió su contemplación como centro de la obra misionera de la Iglesia (patrona universal de las misiones); Charles de Foucauld que consideraba la contemplación ante el Santísimo como el mejor modo de ayudar al mundo²⁶.

En varias frases del libro que nos ocupa, *¿Quién es cristiano?*, Balthasar refiere esta misma idea:

- El que no quiere oír primero a Dios, nada tiene que decir al mundo (p. 87).
- Un problema grave del cristiano es el activismo; vivimos en un mundo donde se piensa que sólo es posible encontrar a Dios en medio de la acción, de otro modo nunca lo encontraremos (p. 88).
- Tal vez la grande dificultad radica en el hecho de que «el efecto decisivo de la verdadera contemplación es totalmente invisible, para enfado de todas las estadísticas; la fe queda a disposición de Dios sin cálculo ni reflexión, y lo que Dios hace con ella escapa totalmente al control del creyente... El camino de la contemplación suele desembocar en la noche: no saber ya si Dios aún escucha, si aún quiere y acepta el sacrificio...» (p. 87).

Probablemente el hecho de que los frutos de la contemplación escapen de nuestro control, nos dificulta el perseverar por este camino; si de algo nos aseguramos en la acción es precisamente verificar los frutos concretos que vamos logrando con la gracia de Dios. Sin embargo, que la contemplación escape de nuestro control, nos recuerda que a final de cuentas fuimos salvados a través de la pérdida de control total por parte del Salvador que a través de su pasión y muerte nos redimió: su “acción” más grande, más profunda, más fecunda fue precisamente su pasión y muerte. Aquí encontramos de nuevo el tema de esa “pasividad primigenia”, esa pobreza como “condición existencial”, es decir, a final de cuentas también en la contemplación encontramos

²⁴ *Quién*, 84.

²⁵ *Quién*, 84.

²⁶ Cf. *Quién*, 86.

como punto fundamental el hecho de tener que dejarnos llevar, de la apertura, de la disponibilidad, de la pérdida de control.

Sobre la oración como parte fundamental de la vida cristiana, señala Adrienne que el Señor mismo inaugura la oración continua al integrar todo su ser, hablar y hacer como parte de su diálogo con el Padre en su experiencia como hombre; de la misma manera, nosotros también podemos integrar todo lo que somos y hacemos como parte de nuestra oración a Dios (cf. Lc 18,1). Sin embargo, «esa oración no puede quedar como la única: además hay que reservar tiempos para la oración en silencio y para la contemplación. Pero las dos cosas, la oración expresamente tal y la oración continua en la vida, constituyen juntas la oración total. Si por eso uno deja de hacer oración y de contemplar, entonces también su diálogo con los hombres cae fuera de su oración»²⁷.

El Señor mismo alterna su vida pública con momentos concretos de oración, él, el Hijo eterno del Padre, como vemos en los evangelios (cf. Mc 1,35):

Ha necesitado de la soledad durante treinta años para prepararse a su obra y ahora, durante los años de su vida pública, necesita siempre de nuevo la soledad, como contemplación en medio de la acción. El Hijo, que es Dios, ha empleado para sí, como hombre esta distribución, esta variación, de modo que en la contemplación busca y obtiene la fuerza para la acción. Y al buscar la contemplación lo hace en la soledad... Su entera existencia es una oración, un diálogo con el Padre. No hay palabra alguna de Él que no haya sido también dirigida al Padre, ningún pensamiento en el que no sea oración. Y, sin embargo, va a un lugar solitario. No hace un intento de recogerse para contemplar en medio de la gente o del barullo, sino va a la soledad y aparta lo que pudiera desviarlo²⁸.

Si Él, que es Dios, lo ha hecho, ¡cuánto más nosotros lo necesitaremos! No hay vida cristiana seria, profunda, sin oración. También nosotros necesitamos de este modo de vida, de esta alternancia de momentos para seguir al “Señor, para estar siempre disponibles a su voluntad en nuestras circunstancias concretas de vida.

La contemplación en medio de nuestra vida ordinaria nos permitirá vivir hasta el fondo las palabras del Padre nuestro: «Hágase tu voluntad» —precisamente cuando esa voluntad interfiere y me requiere más allá de todos mis planes— se impone en todo lo que se nos exige: en este sentido, la vida secular y su actividad se convierten en ejercicio de contemplación. Porque ahora no tenemos a Dios a la espalda, sino que avanzamos hacia Él en espera abierta. Sólo se puede caminar hacia Dios si más allá de todos los problemas propios queda en nosotros el espacio libre para acoger lo inesperado de su voluntad. Y si todos los programas, previsiones y cálculos son puestos en movimiento o dejados en suspenso por el siempre-más de su llamada que viene. Sólo en tal actitud que no antepone nada a la decisión obediencial absoluta puede el cristiano adoptar la palabra “amor” para su vida y conducta»²⁹.

De una vez para siempre

²⁷ ADRIENNE VON SPEYR, *Erde und Himmel v. III (Tierra y Cielo)*, n. 2330, traducción privada.

²⁸ ADRIENNE VON SPEYR, *Comentario al Evangelio de San Marcos*, comentario a Mc 1,35, traducción privada.

²⁹ *Quién*, 89.

Hay hoy una prudente reserva en el compromiso de los jóvenes cristianos: buscan mantener las riendas, comprometerse a plazo fijo, poder hacer un cambio, es decir, no quieren perder el control de su destino. Cuando en realidad, «el carácter definitivo es lo que confiere todo su peso ante Dios a una forma de vida cristiana y a todos sus actos... De una vez para siempre»³⁰.

Este carácter definitivo de una entrega de por vida se relaciona íntimamente con la obediencia de la fe cristiana: en el estado conyugal, sacerdotal y religioso, la vida es transferida a Dios sin reservas. En cambio, quien entrega su vida fragmentariamente, se reserva su administración y, en el fondo, no da nada: La verdadera fecundidad de una vida se basa en ese “de una vez para siempre”.

¿Quién es cristiano “mayor de edad”?

De acuerdo a la Biblia, el sustantivo que se emplea para referirse al “menor de edad” es “nepios”, que hace referencia al niño normal. Pero si esa “minoría de edad” se prolonga en el tiempo se convierte en algo anómalo que implica la incomprensión como consecuencia de la indolencia para escuchar la palabra (cf. Heb 5,11-12). En Gal 4, el menor de edad no es el cristiano inmaduro sino el creyente pre-cristiano, el judío. La liberación para alcanzar la mayoría de edad, que es la verdadera filiación, se produce por medio del Hijo de Dios, y gracias al Espíritu de este Hijo, los esclavos pasan a ser hijos y herederos.

La nota común de los pasajes mencionados por el P. Balthasar implica una correlación entre mayoría de edad y la cruz (cf. 1 Cor 3,1s; Gal 4,1-7; 5-6; Heb 5,13-14). Y la mayoría de edad es el que realiza en sí la realidad sacramental objetiva en el plano subjetivo y existencial (cf. Rom 6,3-8). Es decir, yo trato, por gracia, de dejarme llevar por la vida divina recibida a través de la comunicación objetiva de la gracia recibida en los sacramentos, quiero permitirle a Dios que esa gracia se traduzca en frutos concretos de vida cristiana en mi vida ordinaria.

Cristiano mayor de edad es entonces aquel que abandona todo su plan en aras del plan de Dios (cfr. Hech 16,6-7). De nuevo encontramos el hecho de no querer controlar sino dejar a Dios las riendas de la realidad.

Existencia en misión

El sí a la voluntad de Dios, el vivir de la fe implica tener «la fresca vitalidad de una escucha permanente, o sea una docilidad extrema, un instinto sobrenatural de obediencia; ya que cuanto más obedientes al Espíritu de Cristo, más libres y adultos podemos considerarnos»³¹.

Este “instinto sobrenatural de obediencia” es lo contrario a lo que imaginamos como “mayoría de edad”³² según aquéllos que consideran este término como una condición del hombre que no tiene que depender más de Dios, que se basta a sí mismo, aquél que «no sólo administra su mundo, sino que se administra a sí mismo y hace de sí lo que quiere»³³.

³⁰ *Quién*, 90.

³¹ *Id.*, 96.

³² Cf. *Quién*, 96.

³³ *Quién*, 12.

Adrienne, comentando el sí de la Virgen establece una relación entre libertad y obediencia: «Toda libertad crece por la entrega y por la renuncia a una libertad sin ataduras. De la libertad que se ata proviene toda fecundidad»³⁴.

Podríamos considerar esta frase como un comentario a Gal 5,13-14: Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

El apóstol relaciona la libertad con el servicio y con el amor; es decir, relaciona la capacidad que Dios me ha dado de decidir lo que yo quiero con el hecho de ponerme a disposición de los demás, sirviéndolos. La renuncia a disponer de lo propio, y la entrega a través del servicio en la obediencia a Dios, me donan entonces la verdadera fecundidad.

Así, pues, podemos llamar a esta vida de libertad en servicio a Dios y a los hombres “existencia en misión”.

Dos puntos importantes a este respecto, señala Balthasar:

Primero: Es necesaria para la misión la entrega de una vez para siempre: esto representa la ratificación existencial del carácter definitivo que marca el bautismo en el alma del cristiano, puesto que el “servicio fijo” es la base para que el servidor pueda seguir recibiendo nuevas e inesperadas misiones, es decir, para que pueda estar disponible para los cambios y ajustes que Dios quiera indicar³⁵.

Segundo: Nadie es cristiano por su cuenta. Si lo somos, lo somos gracias al bautismo que nos transforma en hijos de Dios y miembros de la Iglesia. Y el Espíritu Santo es primero que todo Espíritu de la Iglesia. Para ser “un cristiano mayor de edad” es necesario querer identificarse con ese Espíritu; y es este Espíritu el que distribuye sus dones a los miembros de la Iglesia conforme a las necesidades del organismo (cf. Rom 12,3.6). En este sentido, yo no soy el punto de referencia al recibir la misión, ésta se recibe como un don de acuerdo a la voluntad de Dios.

Por esto es necesaria la “obediencia eclesial”: esa misión se da como un don en el contexto concreto de la comunidad de la Iglesia para el servicio de los hombres. Por lo tanto, no soy dueño absoluto de la misión recibida, yo debo adaptarme a esa misión y no al contrario, debo además dar cuentas a Dios a través de sus representantes eclesiales³⁶.

El amor, forma de la vida cristiana

Hablar del cristiano implica mencionar el precepto capital del amor a Dios y al prójimo. Es importante como punto de referencia la frase de San Juan: En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4,10).

Este amor lo recibimos de Dios y lo transferimos a los hermanos. Quien se acerca a Dios, se acerca también necesariamente a los hombres. El amor de Dios es el original y el nuestro es consecuente. ¿Lo específico del amor de Dios? Que llega hasta la muerte. De hecho, sería una locura dar la vida por cualquiera: lo natural es, en lo biológico, entregarse por la conservación de

³⁴ ADRIENNE VON SPEYR, *Ancilla Domini*, 9.

³⁵ Cf. *Quién*, 97.

³⁶ Cf. *Quién*, 99.

la especie (por ejemplo, los padres a los hijos); y en lo sociológico, dar la vida por la patria, por ejemplo. Lo “sabio” es el justo equilibrio entre la autoconservación y la autoentrega.

Sin embargo, el amor cristiano incluye esta faceta de infinitud: Porque Dios se entregó a la muerte en favor de cada ser humano; y por lo tanto, detrás de cada ser humano aparece esta realidad, me aparece el amor del Señor, lo que tuvo que sufrir por él. Y los más pobres son sus hermanos más cercanos: Los pobres materialmente y espiritualmente hablando.

El Hijo de Dios murió por todos, nos dice la fe; sería herético afirmar lo contrario. En este sentido, la cruz tiene una dimensión infinita, inabarcable. “Entregar la vida por los hermanos” significa entonces, sobre todo, que debemos estar dispuestos a no negar nada a nadie en caso de necesidad. De esta manera, el otro no es un anónimo cualquiera, un sospechoso, un “informe”, sino alguien que adquiere un sobrepeso infinito y lo hace salir del anonimato; esta visión de fe me hace volverme responsable de mí mismo y de él: «Detrás de mi hermano está el compromiso de Dios hasta la muerte; esto demuestra que mi hermano tiene para Dios un valor eterno»³⁷.

Así, la teoría se hace práctica en el encuentro. Y un cristiano práctico es al que le acontece esta resurrección en la realidad de la vida, puesto que un día seremos juzgados de acuerdo al precepto del amor en el cual se inspiran todos los preceptos de Cristo (cf. Mt 25,31-46).

De esta manera, no hay una fe teórica, un ser cristiano teórico. Es en el prójimo donde el amor se manifiesta y brilla.

¿Qué significa practicar?

Un cristiano practica poniendo en circulación los dones recibidos en favor del otro. El cumplimiento dominical y pascual es lo mínimo y no es criterio suficiente, esto no es lo principal, lo principal es el amor cristiano vivido, señala Balthasar³⁸. Que el cristiano se preocupe de su ser cristiano fundamentalmente es un síntoma: De enfermedad si considera el cristianismo como un a compañía aseguradora del cielo y paga su cuota mínima; o de salud, si es consciente de que su ser cristiano, para mantenerse, necesita de este acto periódico de autodisciplina, que a la larga no es un sacrificio pequeño. En este sentido, hay ambigüedad en el término “practicar”: se pretende aplicar el nombre de la totalidad a un aspecto parcial, aunque no irrelevante.

La Iglesia es la luz del mundo, la sal de la tierra, la levadura en la masa, y nada puede hacerse con la simple levadura y con la simple sal; ambas muestran su virtualidad y realizan su esencia disolviéndose y pereciendo, deshaciéndose y dejando de ser, en la carne o en la masa; de la misma manera el grano de trigo que debe morir disolviéndose en la tierra.

Cuatro sentidos del término practicar, para ubicarlo en la contextualidad de la vida cristiana, señala Balthasar:

1º - Practicar significa entonces significa ir a la celebración litúrgica todos los domingos. Y la doble celebración de palabra y sacramento concluye necesariamente en la misión: “ite missa (missio) est”. Es decir, nos convierte en enviados.

³⁷ *Quién*, 104.

³⁸ *Quién*, 107.

2º - Practicar es, también, la confesión sacramental. También la confesión está pensada como luz y sal de la vida entera, no se queda sólo en el confesionario, nos reconcilia no sólo con Dios sino también con la “comunidad de los santos”. Debemos ser conscientes de que es pura gracia sin mérito y no presentarnos, como los fariseos, como “convertidos” ante los no convertidos.

3º - Practicar implica la vida en el marco del “año litúrgico”: conmemorar los acontecimientos sagrados debe ser un ejercicio de vida cristiana, tal como los vive la Iglesia, esposa santa de Cristo.

4º - La persona “practicará” sobre todo cuando camina por las vías no trazadas, desconocidas, de su destino personal, destino que se le revela en días alegres y en las pruebas. El que quiera pertenecer a la Iglesia debe contar con los percances, derrotas, vejaciones, calumnias, desprecios, también con el gran fracaso por el que atravesó el Señor.

Practicar es entonces, un acto de concentración retrospectiva –“haced esto en memoria mía”- pero siempre con miras a la expansión en el mundo. Debemos buscar a Dios ahí donde no está aún y donde nosotros debemos hacerlo presente; o más exactamente: donde permanece oculto y debemos descubrirlo³⁹.

Conclusión

¿Quién es cristiano? Es aquel que vive de la fe (Cf. Rom 1,17); aquel que desea participar por gracia del espacio que el mismo Jesucristo ha abierto con su obediencia incondicional al Padre hasta anonadarse a sí mismo (cf. Fil 2,6-11). Aquel que no quiere dejar a Dios a sus espaldas sino desea caminar detrás de él, siguiéndolo. María es aquella que de una manera especial ha sido escogida por Dios como punto de referencia: Ella es la totalmente pura, de tal manera que en ella se cumple como primicia el plan de salvación previsto por Dios para el hombre; ella es la totalmente disponible a la voluntad de Dios precisamente por no tener pecado, y por lo tanto, Dios puede disponer de ella hasta el extremo de llevarla más allá de sus posibilidades, porque su disponibilidad es más grande de lo que ella puede soportar; en ese estado será puesta debajo de la cruz y ahí ella perseverará más allá de sus fuerzas, porque :

Su disponibilidad es más grande que su posibilidad: su disponibilidad de querer soportar es mayor que su posibilidad de poder soportar. Y porque Dios mira su disponibilidad, ella hace lo que está más allá de su posibilidad: ella puede lo que no puede⁴⁰.

Ella es, pues, el rostro personal de la Iglesia que corresponde totalmente a su Señor. En ella entonces, aquel que quiere seguir al Señor está llamado a corresponder en todo a su voluntad, de tal manera, que de la mano de la obediencia, el cristiano vaya más allá de lo que piensa gracias a su dejarse disponer por parte de Dios en su vida, siempre y cuando esté dispuesto a darse totalmente al Señor en aquello que hace y que da a los demás (ser pobre de acuerdo al evangelio), poniendo de ante mano la escucha atenta a la Palabra para que sus obras nazcan de la contemplación y den el fruto que Dios espera. El cristiano está llamado, entonces, a poner las riendas de su vida bajo el control de Dios estando dispuesto a entregarse de una vez para siempre en la misión encomendada, la cual dará fruto en la medida en la que el cristiano renuncie a su propia voluntad para poner los frutos de su misión en las manos de Dios y no en su grande o pequeña capacidad de desempeñar la tarea encomendada. De esta manera, el hombre que así sigue al Señor por gracia,

³⁹ *Quién*, 112.

⁴⁰ ADRIENNE VON SPEYR, *Ancilla Domini*, 137.

puede ser considerado realmente “un cristiano mayor de edad”, correspondiendo al amor de Dios amando al prójimo en el contexto de la comunidad fundada por el Señor: en su Iglesia.

Que él nos conceda la gracia de seguirlo de esta manera por intercesión de María.